

POR UN CRISTIANISMO DE ENCRUCIJADA

(ESPIRITUALIDAD ESCATOLÓGICA)

Donde cabe plantearse la espiritualidad escatológica con mayor sentido, me parece ser el tiempo pascual. En Cristo Resucitado ya se ha manifestado (a la fe del creyente) lo definitivo y total; es decir, lo único necesario y los medios adecuados para conseguirlo. La voluntad amorosa de Dios sobre el cosmos y la criatura humana, que no están destinados a la nada de una desaparición sin sentido. Y cómo en cada uno de nosotros se va haciendo realidad ese fin de plenitud a lo largo de nuestra existencia temporal que incluye el momento de la muerte.

La escatología hay que entenderla, ciertamente, como algo que está más allá de las meras posibilidades del hombre, individual y colectivamente considerado; pero a la vez, como algo que, dependiendo de Dios -y por eso mismo-, Dios no quiere llevar a cabo sin nuestra colaboración. Y aquí es donde se fundamenta la posibilidad de hablar de una Espiritualidad Escatológica.

Espiritualidad significa compromiso de todo mi ser en fidelidad a sí mismo y al mundo en que se desenvuelve. Y tal espiritualidad que es fondo, raíz, motor de una actividad humanizadora, alcanza en la Escatología un horizonte irrenunciable y un programa con metodología propia. De ello queremos tratar en esta meditación.

Nuestra colaboración con Dios, que nos hace testigos de su acción salvadora en el aquí y ahora de nuestro momento histórico, se fundamenta en los grandes dones teologales que, por el Bautismo, se dan a todo fiel, y de otras mil maneras ignoradas por nosotros, se dan a todos los hombres y mujeres que buscan el bien y la verdad. Por la Fe creemos en un Dios que no crea un mundo sin soluciones, un mundo para la entropía o aniquilación de sus bondades. Por la Esperanza no desfallecemos ante los obstáculos que, a veces, parecen insuperables para la construcción de un mundo más justo y fraterno, según el Reinado de Dios anunciado por Jesús. Por el Amor amamos con amor efectivo este mismo mundo que Dios tanto ama, y salimos con nuestro servicio desinteresado al encuentro de ese Dios que no cesa de trabajar, de crear y recrear la realidad cósmica siempre a favor de la Vida.

El punto central del mensaje escatológico, es que Dios ha creado el mundo por amor, y que su Amor no puede -sin negarse o traicionarse a sí mismo- abandonar a este mundo en las manos del mal o poderes negativos que, de hecho, actúan en un mundo todavía no acabado, pero siempre en camino.

Nos muestra así, la Espiritualidad Escatológica, que la máxima (más real y completa) realización de la persona humana y del universo viviente, es la identificación con Cristo Resucitado, identificación que se va realizando progresivamente a lo largo de su paso por este mundo, en la justa medida de su fidelidad al seguimiento de Jesús, para los creyentes en Cristo, y de su fidelidad a todo lo auténticamente humano en aquellos que no han accedido a dicha fe.

Y, con la identificación total con Cristo, que marca la orientación espiritual escatológica, viene la deificación del humano, pues el destino de toda mujer y de todo

hombre venidos a este mundo, es llegar a ser Dios en Dios. Sin esta meta o destino, no valdría la pena el planteamiento de la Escatología Cristiana. Pues jamás podremos reducirla a una esperanza intratemporal, aunque se viva, y cada vez con mayor fuerza y sentido, dentro del tiempo.

Cómo debe ser una espiritualidad vertebrada sobre la Escatología

En primer lugar, debe ser una espiritualidad de los **Signos de los Tiempos**. El Concilio Vaticano II, en la GS 4, nos advierte: *Para desarrollar este contenido (la obra de salvación en Cristo), es deber permanente de la Iglesia escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio.*

Sabido es que el Vaticano II puede ser muy bien definido como el concilio de los signos de los tiempos. Pero ¿qué entiende la magna asamblea eclesial por tal formulación? ¿Qué se encierra en tan breve principio teológico? Escuchemos un poco más la voz del Espíritu a través de aquel concilio que tantas esperanzas sembrara en el mundo y en las Iglesias.

El Pueblo de Dios, movido por la fe, en virtud de la cual cree ser conducido por el Espíritu del Señor, que llena el universo, intenta discernir en los acontecimientos, en las exigencias y en las aspiraciones de las que participa junto con los demás hombres de nuestra época, cuales son los verdaderos signos de la presencia y del plan de Dios. La fe, en efecto, ilumina todas las cosas con una luz nueva (GS 11).

Discernir es palabra clave. Y lo que tenemos que discernir en una auténtica espiritualidad escatológica, es cómo Dios nos está salvando en cada aquí y en cada ahora de la marcha de nuestra historia. Tal discernimiento tiene como objetivo único no ir contra la obra de Dios, antes bien, poner todos los medios y energías a nuestro alcance para colaborar con el Plan de Dios, que se hace claro, evidente, transparente en los acontecimientos, exigencias y aspiraciones de la humanidad histórica. Dios que, por medio de su Palabra Creadora y en el impulso constante del Espíritu, no deja de actuar en nuestro mundo, no descansa en su acción salvadora con los hombres, nos llama a que actuemos juntamente con Él. Y en esta colaboración de los fieles y de las Iglesias con la acción de Dios en el mundo, ha de fundamentarse siempre toda espiritualidad escatológica.

Caminar guiados por la Resurrección, exige descubrir y responder a los signos de los tiempos. Cristo Resucitado es esa Luz Nueva que nos hace señas para que la contemplemos, celebremos y colaboremos con ella para que siga irradiando como verdadera salvación que libera a los humanos de todo cuanto les impide ser libres, felices, fieles a sí mismos y solidarios con los demás. En una auténtica Espiritualidad Escatológica, se vislumbra y se anticipa un mundo, un universo, más felizmente realizado, respetado y acrecentado en toda su energía y belleza.

Sí; los signos de los tiempos fundamentan toda una espiritualidad de recio sabor bíblico. Tanto la Creación por medio de la Palabra, comprometida con su obra, cuanto la vocación de Abraham, caminando bajo la sombra de un Promesa, y mucho más a partir del Verbo Encarnado, luz que alumbró a todos los seres venidos a este mundo, no es

posible entender la fe en el Dios de Jesús, si no es leyendo su palabra en la Historia, y la historia en su Palabra. Conocer al Mundo desde Dios y a Dios desde el Mundo.

[...] la historia misma no es ya un círculo cerrado que encuentran en sí mismos y en su repetición cíclica el sentido único y real, sino una línea abierta hacia el sentido y el no sentido en una secuencia de acontecimientos que son siempre fruto de una Providencia misteriosamente soberana y respetuosa, y de una acogida (por parte del hombre) libre y autónoma, que tiene el cometido de inventar todos los días la vida. Esto significa que el hombre es verdadera y propiamente el constructor de la historia con una autonomía viva y realísima, misteriosamente vinculada, eso sí, a la acción providente de Dios ¹.

Y este es el *quid* de la espiritualidad escatológica: encontramos con Dios entregándonos a construir el Reino según su Voluntad manifestada a través de los signos de los tiempos, que nos encienden la mente y nos abrasan el corazón, como a los discípulos del camino de Emaús, para que terminemos encontrándonos con su Amor hecho Pan de Vida, Vida del y en el Mundo.

El encuentro histórico y real de Dios y del Hombre, a la luz de la fe, es el verdadero sentido de la historia ². Ser creyente, por tanto, es vivir la propia historia, la personal y la colectiva, como lugar teológico privilegiado para vivir -experimentar- el conocimiento amoroso/salvífico de Dios.

Esta espiritualidad escatológica, capaz de ver a Dios en el Mundo y al Mundo en Dios, tiene su expresión más práctica en lo que Jacques Maritain denominó ***La Contemplación por los caminos*** ³. *Pienso que ese entusiasmo general que reina hoy por la acción, la técnica, la organización, las encuestas, los movimientos de masas, y los recursos que la Sociología y la Psicología nos descubren -cosas todas que distan de ser menospreciables, pero que por sí solas llevarían a un singular naturalismo al servicio (se supone) de lo sobrenatural- causará un día no pocas decepciones. Y ese día preconizado proféticamente por el Campesino del Garona, ¿no ha llegado ya? ¿No se hace depender demasiado hoy la misión de la Iglesia de los medios de masas y las más sofisticadas últimas técnicas? ¿Despreciables? ¡No!; como afirma el filósofo hermanito de Jesús en la etapa final de su vida, por sí solas son insuficientes y hasta nocivas.*

Sin la dimensión contemplativa de la fe, proyectada como alma, fondo, medio y destino de la actividad pastoral, por los caminos del mundo, resultará imposible en esta hora, dice también el autor citado, *introducir en la vida ordinaria las enseñanzas del Concilio Vaticano II*. ¿No resulta fácil deducir que la lejanía actual de la Iglesia Católica de aquel Concilio convocado por “los signos de los tiempos” a través de un papa bueno y carismático, es el resultado de un grave olvido: el olvido del cultivo atento, minucioso, de la dimensión irrenunciable de la experiencia mística? No ya en los conventos y monasterios, donde se ha refugiado para seguir siendo alma de todo apostolado, sino en la vida ordinaria de los cristianos, gente de a pie, hombres de la calle. *La gran necesidad de nuestra época -dice Raissa Maritain- en lo que respecta a la vida*

¹ Gennaro, G. , en NUEVO DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD, 1289. Paulinas, Madrid 1983

² Ib., 1290

³ Jacques Maritain, EL CAMPESINO DEL GARONA, 300 ss. – Desclée de Brouwer, Bilbao 1967

espiritual, es la de poner la contemplación en los caminos. Se trata, según me parece, de llegar a descubrir con la mayor claridad posible que la contemplación y la vida son inseparables para todo auténtico creyente. El día en que hemos alcanzado tal comprensión, nuestro ser humano, unido al del Verbo Encarnado, se expande más y más por el universo, en ondas de armonía y comunión. *Entendida así la oración dice Chao Rego - como resonancia de los acontecimientos (de la vida) en nuestra conciencia y la respuesta que le damos (desde la fe)-* alcanzamos a ser contemplativos por los caminos, atentos a los signos de los tiempos, y, por ello, fieles a una auténtica espiritualidad escatológica. El futuro de Dios va haciéndose presente en cada paso del contemplativo que ya no sabe separar lo Humano de lo Divino, la presencia salvadora de Dios en el corazón de las masas.

El creyente contemplativo, que vive su experiencia de Dios en medio de los hombres, se siente más íntima y urgentemente comprometido con todo cuanto se refiere a la dignidad humana, al cultivo de todo lo auténticamente humano y a todos los procesos de humanización que se dan o se pueden dar en la historia, escuchados desde el silencio de su adoración como llamadas a unirse más con su Dios sin separarse jamás ni en nada de la marcha del mundo.

Tal vez, remedando las palabras evangélicas, podríamos decir aquí también que, *no se hizo el hombre para la contemplación, sino la contemplación para el hombre.* Es Dios quien quiere comunicarse amorosamente con su criatura, y por eso ha hecho de sus dones en el Espíritu lecho sponsorial, lugar y espacio de intimidad compartida, en la que el humano se alía con Dios en su acción misma liberadora, siempre en marcha imparables en nuestro mundo.

La contemplación se ha hecho para el hombre, la ha inventado Dios como su medio privilegiado para poder gozar Él con su criatura, y la criatura con su Creador. En esta relación es donde únicamente puede aprender el Mundo y la Iglesia que sólo el Amor salva. Es en la vivencia contemplativa donde se manifiesta la eficacia única de la Gratuidad. Ese aparentemente no hacer nada de Dios, que todo lo está haciendo para nuestro bien. Ese comprender que Dios siempre trabaja en el corazón de las tinieblas para hacer surgir la luz; y allí es donde nos espera.

La espiritualidad escatológica sabe que *todo eso tiene que venir; pero no es el fin.* El fin es el triunfo definitivo del amor, triunfo que el contemplativo ya participa en su corazón, pues no cesa de ver la inminente venida del Hijo del Hombre. *Haced propósito de no preparar vuestra defensa; porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro.* Es la sabiduría del corazón, es la mirada contemplativa la que nos permite mantener la calma, la paz y la esperanza, cuando a nuestro alrededor todo parece tambalearse, y la fe en Cristo resulta enemiga de los intereses de poder y ambición de este mundo. *Con vuestra paciencia salvaréis vuestras vidas* (cf. Lc. 21, 5-19). Mantener la paz en el corazón del conflicto es gracia evidentísima de una auténtica espiritualidad escatológica.

Y fundado en dicha Gratuidad, en el hecho más firme y fuertemente experimentado por el contemplativo, de que Dios me ama porque me ama, sin necesidad alguna de que yo me haga merecedor de su ternura y compromiso con mi existencia, aprendo yo también a privilegiar la Gratuidad, bajo estos aspectos de tan profunda Humanidad:

Privilegiar el Ser sobre el Hacer. Porque puedo, ciertamente, hacer muchas cosas que no corresponden a *la única necesaria*. La calidad de nuestra acción depende de la autenticidad del amor que la mueve. Y el amor motor de todas nuestras acciones no puede ser otro que el de nuestra identificación con Cristo, con su sentido de fidelidad a la misión encomendada y con su amor hasta el extremo (cf. Jn. 15, 1-17).

Privilegiar el Ser es reconocer que el valor total y definitivo de una existencia temporal, radica en la fidelidad a sí mismo, como cultivo y desarrollo de nuestras potencialidades, entre ellas la dimensión místico-contemplativa de la fe. De un buen Ser se puede esperar siempre un buen Hacer. Lo inverso, imposible; fraude de muchas vidas muy entregadas pero poca vida en sí mismas.

Privilegiar el Nosotros sobre el Yo. Es de una certidumbre aplastante que, hasta que no he encontrado mi Yo en un Nosotros, aquello que llamo “yo” no es más que un fetiche al que doy culto, encerrándome en mí mismo, e inutilizándome para el bien común, e incluso para mi auténtica realización personal.

Privilegiar el Nosotros quiere decir, entre otras muchas verdades, que nadie puede realizarse sin la ayuda de los demás. Y que toda expresión de amor que no es compartida, que no es vivida como una búsqueda en común, como un intercambio de necesidades, experiencias y objetivos irrenunciables de bien y de justicia, tarde o temprano degenera en un egoísmo lastrante y castrante.

En las Iglesias cristianas, muy en concreto, no puede darse el “yo” de un carisma personal sin el “Nosotros” de una experiencia de fe y una misión evangelizadora compartidas, haciendo desaparecer todo “yo” protagonista.

Privilegiar, también, la Participación carismática sobre la Sumisión jerárquica. Porque la conciencia personal debe estar por encima de la norma. Se hace imposible en las Iglesias (y en el Mundo) una eficaz actitud escatológica, si los carismas de profetismo, renovación, intuición de futuro, inconformismo realista, diálogo, ecumenismo, y otros, no entran en juego en la pastoral eclesial, al lado y con igual derecho que el carisma de jerarquía, que es principio de unidad en la fe y en la misión.

La Sumisión jerárquica no se identifica con la obediencia debida al bien común y a los objetivos pastorales. Identificar ambos es y ha sido causa de graves daños personales y colectivos. Mi obediencia es ofrecer a la Iglesia mi carisma, es decir, aquel servicio a que me mueve el Espíritu del Señor Jesús, debidamente discernido en el acompañamiento espiritual y en la comunicación con los responsables de mi Iglesia. Cuando ambos -jerarquía y carismas personales- entran en conflicto, el fiel, sin renunciar a su carisma, que sería algo así como rechazar el don del Espíritu, sí debe someterse disciplinalmente, para evitar males mayores. El silencio se hace entonces espacio teologal en el que sigue vigente la espiritualidad escatológica. El que calla ante una imposición, sabe que el Espíritu grita más alto por otros mil medios.

Cuando Jesús amonesta a sus discípulos, en clara oposición a las formas farisaicas, *vosotros no os dejéis llamar padre, ni maestro, ni director, porque todos sois hermanos* (cf. Mt, 23, 1-36), está poniendo las bases para una comunión eclesial que no se basa preferentemente en la sumisión, sino en la acogida, cariño y respeto a todos los hermanos, cada cual, portador de su propio carisma.

En esta dialéctica entre Sumisión jerárquica y Participación carismática, puede muy bien entenderse el diagnóstico que Thomas Merton nos ofrece entre las exigencias de la colectividad y la fidelidad del individuo a sí mismo.

[...] la dialéctica del poder y la necesidad, de la sumisión y la satisfacción, acaba siendo una dialéctica del odio. La colectividad no sólo necesita absorber a todo el que pueda, sino también, implícitamente, odiar y destruir a todo aquel que no puede ser absorbido⁴.

Pero la Iglesia no es una “colectividad” sino una “Comunión” En dicha Comunión, reflejo activo de la Trinitaria, no puede ser nunca el odio ni la exclusión, ni el olvido ni la marginación, la respuesta que se dé a aquellos carismas que no se dejan absorber por formas impuestas desde la ley que la jerarquía representa. *Todo poder oprime*, dijo Jesús (cf. Mt 20, 20-28). Desde ese momento, la Jerarquía, es decir, lo sagrado en la Iglesia es el amor que sirve a la unidad de la fe y a la misión evangelizadora, sabiendo hacer suyos todos los carismas que el Espíritu no cesa de suscitar en su seno.

De todo lo dicho, queda claro, a mi parecer, que la Espiritualidad Escatológica es, o se identifica, con la Espiritualidad de la Peregrinación. Caminamos tras una Ciudad Nueva, tras la Jerusalén Celestial, es decir, tras un Reinado de Dios que siempre está viniendo a nuestro mundo, a la espera de las vidas que lo acojan con entusiasmo y actitud colaboradora. Y a través de esas vidas particulares se va haciendo vida del mundo en general.

El inefable capítulo once de la carta a los Hebreos será siempre la carta magna de la Espiritualidad Escatológica. *Nos guía la fe, certeza, seguridad completa de recibir lo que esperamos* (cf. Heb 11, 1-40) Porque es precisamente lo que esperamos lo que nos permite caminar y caminar, superando dificultades y dificultades, porque dentro de cada uno de nosotros, mientras no renunciamos a peregrinar, en tanto no buscamos patria en este mundo, se va haciendo realidad la Promesa; y, desde nuestro interior recogido en adoración, como de un trampolín, salta a las realidades cotidianas, a los problemas y luchas de nuestros hermanos en todo el mundo, la salvación que se manifiesta como compasión, solidaridad, sacrificio por el bien común. Dios no cesa de venir allí donde se le espera. Y, donde no se le espera (si es que puede ocurrir esto), Dios se hace presente con todo su amor esperando que lo recibamos.

Cualquier tipo de instalación en este mundo, en estructuras, leyes, bienestar, búsqueda de seguridades, ambición de poder, fanatismo, intolerancia..., hace imposible vivir la Espiritualidad Escatológica. *Mañana será mejor*, porque todo lo que viene, está viniendo del Mañana, es Cristo Resucitado con toda su energía resucitadora.

Un enamorado como soy de la pedagogía no conductista de Celestin Freinet, no ceso de recordar, todo el tiempo en que vengo redactando este texto sobre Espiritualidad Escatológica, aquella página de su **Parábolas para una Pedagogía Popular**, que, desde su impacto inicial, no ha cesado de producir en mí un deseo ardiente de hacer de mi tarea pastoral una llamada de ascensión hacia las cumbres.

⁴ Thomas Merton, INCURSIONES EN LO INDECIBLE, 30 – Sal Térrea, Santander 2004

La vida se eleva siempre.

La jornada empezaba, las ovejas habían abandonado el campo en que habían pasado la noche, y yo, con las alforjas al hombro, me iba detrás del pastor, plácido y sereno.

Iba por senderos cuyo secreto sólo él conocía. Ningún animal a nuestro alrededor, apenas un lejano murmullo y el sonar de los cencerros que situaban al rebaño en movimiento entre los caminos y los pinos.

Me sentía inquieto al no ver a mis animales; ¿los hallaríamos antes de franquear las crestas, o tendríamos que volver atrás para buscar todo el día?

El viejo pastor me explicó las verdaderas razones de su serenidad:

“Pequeño, los animales siempre suben por la mañana. Se van hacia las cimas. No es que allí el pasto sea más abundante ni más fácil, pero es un instinto del ser el levantar los brazos hacia el azul del cielo y lanzarse al asalto de las cumbres. La hierba que se ha conquistado a fuerza de músculos y de tenacidad tiene un exaltante valor, tal vez solamente porque se la ha deseado mucho...

Puedes estar tranquilo: las hallaremos todas de nuevo en la cita, allá arriba.

Únicamente me preocupa -añadió- el pequeño rebaño de León, demasiado domesticado, demasiado acostumbrado a comer en los pesebres y en los pastizales, y tienen algo así como nostalgia de las vallas y del establo. Se diría que no tienen ya fuerzas para subir; su ideal ya no está arriba, sino abajo... Prefieren el ronzal al azul del cielo... No son ya ovejas dignas y orgullosas; ¡son perros!

¡Escucha los cencerros más arriba, frente a nosotros! Nuestros animales no bajarán hasta el anochecer, cuando el sol se apague detrás del Rocheroux, hacia la paz y la seguridad del llano, para volver a subir mañana, todavía más arriba”.

Vuestros niños -os diría el pastor- son como ovejas: siempre quieren subir; sólo tendréis paz y certidumbre si sabéis ayudarles, precederles a veces hacia las cimas, o seguirles...

¡Desgraciados los seres que, domesticados demasiado pronto, han perdido el sentido de la ascensión y que, como ancianos fatigados, prefieren, al aire de las anchuras y al azul del cielo el collar de la esclavitud y el cebo de la renuncia!

*Todos los caminos son buenos cuando conducen a las alturas*⁵.

Con frecuencia me ha dolido -¡y mucho!- pensar que los curas, los pastores de nuestras Iglesias, domesticamos en demasía a nuestro “rebaño”, y privamos a los fieles de caminar, elevarse, hacia las alturas de nuestra fe; bien porque no les precedemos con el testimonio de nuestro propio subir, bien porque tememos perder el “rebaño”, y preferimos mantenerlo, aunque sea a costa de lo mejor que nuestra fe tiene para ellos: las cumbres de la experiencia mística, donde todos podemos encontrarnos en la paz y la libertad, que nos permitirán mañana subir más alto todavía en el gozo de nuestro Señor.

⁵ Celestin Freinet, PARÁBOLAS PARA UNA PEDAGOGÍA POPULAR, 22-23 – Estela, Barcelona 1970

Los dones del Espíritu en la vida sacramental de la Iglesia, no son pesebre, establo ni vallas protectoras, sino fuerza, entusiasmo, creatividad, audacia, riesgo en un camino que no tiene fin; pues Dios siempre es más y siempre quiere darnos más. Sólo son buenos los caminos pastorales que conducen a las alturas, a la verdadera Espiritualidad Escatológica.

La formación cristiana, es, por sí misma, lejos de una catequesis indoctrinadora, una forma de despertar y respetar el instinto espiritual que cada bautizado lleva dentro de sí, como llamada a caminar hacia las alturas, donde Dios es más Dios para cada uno en particular y para la comunidad en su totalidad.